EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA DOTE

comedia dramática en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

RAFAEL TORROMÉ

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891

LA DOTE

LA DOTE

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAFAEL TORROME

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA PRINCESA
el 21 de Enero de 1891.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES	ACTORES	
PILAR (veinte años)..................	SRAS.	TUBAU.
ROSARIO (treinta y cuatro ídem).....	»	GARCÍA.
MAGDALENA (veintidós ídem)........	»	BARDO.
CRIADA (veinticinco ídem)...........	SRTA.	PESTALARDO
EMILIO (treinta ídem)................	SRES.	AMATO.
RAMÓN (sesenta ídem)...............	»	VALLES.
ARTURO (treinta y cinco ídem).......	»	MANINI.
MANUEL (cincuenta ídem)...........	»	MANSO.
CRIADO 1.º..........................	»	VÁZQUEZ.
IDEM 2.º............................	»	SÁNCHEZ.

La acción acontece en nuestros días y en Madrid.

A DON SALVADOR TORRES DE CARTAS

Y

DOÑA CONCEPCIÓN GÓMEZ DE SALAZAR

Como testimonio de afecto sincero,

Rafael Torromé.

ACTO PRIMERO

Sala lujosamente amueblada. Puertas laterales y una al foro. A la derecha un mueble antiguo con una hoja que puede quedar abierta en forma horizontal sirviendo de escritorio; un centro.

ESCENA PRIMERA

PILAR aparece con una carta en la mano. Llora. Pausa. Se enjuga las lágrimas y dice:

Es verdad; no hay duda; es su letra... ¡Miserable! ¡Lo que más me enoja es la forma en que lo dice! Hé aquí unas relaciones que adquieren importancia al morir, la importancia del despecho: no tienen otra... Este hombre es un mosquito: sólo cuando me hiere me llama la atención. Sí, esta carta me duele y me molesta. Leo por última vez. (Desarruga el papel nerviosamente que habrá arrollado y lee.) «Querida Pilar: Con la »ausencia se han enfriado nuestros amores. Me veo »precisado á contraer matrimonio con mi prima Ra»faela; no te explico las causas de este suceso porque »temo que abuses de mi franqueza.» (Deja de leer.) ¡Qué

descaro! ¡Qué grosería! (Leyendo.) «El amor es capáz »de tantas imprudencias...» (Deja de leer.) ¡Como si yo le amase aún! (Leyendo.) «La boda se celebra dentro de «dos meses. Perdóname, Pilar; pero siendo el hombre »hijo de las circunstancias que le rodean, resulta que »*mis padres* me obligan á casarme antes que tú. »¡Quién había de decirlo! Tuyo, Alfredo.» La última frase es la que me hiere más; sin duda es ella quien le ha inspirado esta carta; ella, Rafaela; mi rival en hermosura, mi rival en fortuna, mi rival en elegancia, mi rival en todo. Éramos amigas íntimas para sostener el pugilato constante de nuestras gracias... en una lucha sin fin, en que jugaban como armas las miradas, las sonrisas. los vestidos, las joyas, los adoradores, todo, todo... Hace dos años apostamos en el colegio á quién se casaba primero... y al fin vence ella, ella... ¡y cómo vence! ¡arrebatándome al hombre á quien amaba mi corazón! Todo el mundo sabía que era mi novio. ¡Infames! ¡Han herido el sentimiento más íntimo de mi alma! ¿Qué dirán?... ¿Qué dirán?... (Leyendo.) «*¡Me caso antes que tú! ¡antes que tú!*» ¡Ah! ¡Eso lo veremos! ¿Quién me ama? ¿Arturo? No, es muy calavera y... siempre me está importunando con su amor. ¿Emilio el médico? ¡Si no fuera médico!... Además, es tan reservado... ¿Dónde he visto yo que hablaban de él? ¡Ah! en el periódico. (Busca un periódico.) Aquí está. «El sabio Doctor don Emilio Castro...» ¡Le llaman el sabio!... ¡Nada, nada; decididamente con el sabio me caso y se lo escribo á Rafaela en el acto!...

ESCENA II

PILAR y el CRIADO 1.°

CRIA. 1.° El señorito Arturo.
PILAR. Que le reciba mi tía Rosario.

CRIA. 1.° Desea ver á la señorita.

PILAR. ¡Qué fastidio! Que entre y espere. (Vase el Criado.) Voy al tocador; no quiero que mi primo descubra que he llorado. (Vase.)

ESCENA III

ARTURO y ROSARIO

ROS. Entra; siéntate sobrino; Pilar vendrá pronto.

ARTURO. ¿Y mi tío?

ROS. Como siempre; mi pobre hermano está muy delicado, tanto es así, que don Manuel administra y resuelve todos sus negocios, y también los míos.

ARTURO. ¿Los de usted?

ROS. Formo parte de una empresa de minas.

ARTURO. Admirable; pero hablemos del objeto de mi visita; ¿ha preparado usted á Pilar en favor mío?

ROS. De sobra que lo sabes; pero como siempre, he encontrado á mi sobrina muy reacia. Sin duda ha descubierto tus calaveradas.

ARTURO. ¡Mis calaveradas!

ROS. Sí, hombre; aquellos amoríos de Sevilla...

ARTURO. Bien, pero eso... (Con desdén.)

ROS. Ya le he dicho que eso es un tropiezo; y que no hay hombre que llegue al matrimonio sin haber... tropezado nunca; pero no se convence.

ARTURO. Pues bien; hoy vengo decidido á que acepte mi pretensión.

ROS. Imposible; ya sabes que tiene relaciones con Alfredo.

ARTURO. Las tuvo.

ROS. ¡Cómo!

ARTURO. Alfredo se casa dentro de dos meses con Rafaela. Esto ya debe saberlo Pilar; conozco muy bien á su amiga.

ROS. ¿De suerte que es Alfredo quien la abandona?

ARTURO. Precisamente. Y si yo puedo valerme de su despecho; si logro herir su amor propio...

Ros. Tu victoria es segura.

Arturo. Ya lo sé. Crea usted que si la mujer fuese una ciencia, yo sería doctor.

Ros. Ya tengo noticia de que has... estudiado mucho.

Arturo. Calle usted, ella viene.

Ros. Cuenta conmigo.

ESCENA IV

DICHOS y PILAR

Pilar. ¿Estás bien?

Arturo. Bien. Este año he regresado muy tarde de Biarritz; allí me han preguntado por tí las amigas. Antonia, la Baronesa, Rafaela... (No se inmuta.)

Pilar. Me alegro tanto. (Breve pausa.)

Arturo. Muchos deseos tenía de verte.

Pilar. Te lo agradezco. Ya me ves, siempre igual. (Pausa.)

Arturo. ¿Y Alfredo?

Pilar. No sé...

Arturo. ¡No sabes!...

Pilar. Mis relaciones con él no han despertado una pasión; hace dos meses le dije que me devolviera mis cartas.

Ros. (¡Qué modo de mentir!)

Arturo. Dice que se casa.

Pilar. ¡Alfredo! ¿con quién?

Arturo. Con Rafaela, tu amiga.

Pilar. Lo ignoraba. (Indiferente.)

Ros. Esa niña sabe aprovechar las ocasiones.

Arturo. Tiene cierto espíritu de atracción.

Ros Otras lo tienen de repulsión.

Arturo. Y corren el peligro de quedarse solteras.

Ros. Claro, hacen el vacío á su alrededor. (Pausa.)

Pilar. (Éstos tienen un plan convenido.)

Arturo. Yo también habré de rendir mi voluntad.

Ros. Me parece bien.

ARTURO. Sin embargo, no quisiera casarme sin amor.

ROS. Eso es natural.

ARTURO. Aunque á veces las circunstancias...

PILAR. (¿Hola... me amenazas?) (Pausa.)

ROS. Ea, hijos míos, yo quisiera que me debiéseis vuestra felicidad. Ya sabéis que os amo. Tú conoces los sentimientos de Arturo: pues bien; ha llegado la ocasión de que hablemos con franqueza.

PILAR. ¿Sí? Pues hablaré primero Aunque no tengo espíritu de atracción y corro el peligro de quedarme soltera...

ARTURO. Yo no he dicho por tí...

PILAR. Lo digo yo. Elegiré entre aquellos que me aman, que son varios, créelo Arturo, al que juzgue más digno; y esto lo haré cuando me plazca. Mi corazón todavía no se interesa por nadie; todos los hombres me son indiferentes; pero aquellos que llaman á las puertas de mi amor propio creyendo que así despertarán mi amor, esos, más bien que indiferentes, me son odiosos. Y como no tengo nada más que decir, me retiro con vuestro permiso. (Vaso.)

ESCENA V

ARTURO y ROSARIO

ARTURO. Pilar... ¡Cruel!... ¡Que ella eligirá al más digno! Quisiera saber quien es más digno que yo entre todos los que frecuentan esta casa.

ROS. Pilar, como siempre satisface sus caprichos, sólo se enamora de lo que juzga imposible.

ARTURO. Yo, un hombre de mundo, harto de amoríos, cansado de vencer en las mujeres las más refinadas astucias, llego á los treinta y cinco años para ser juguete de las veleidades de una niña que abre por vez primera sus ojos inocentes á la aurora del amor: y este afecto que siento por ella cuando ya creía tener mi corazón

impasible y frío á las emociones, no es un sentimiento pueril, Rosario, es algo más, es la resurrección de mi espíritu.

ROS. En materia de amor no hay doctores. El que ama siempre es niño: hasta yo misma....

ARTURO. ¡Qué! ¿Piensa usted casarse de nuevo?

ROS. El monólogo de las viudas es muy breve; comienza exclamando: ¡Dios mío, soy libre! y acaba por decir: ¡Dios mío, estoy sola!

ARTURO. Yo creo que Pilar está enamorada.

ROS. ¿De quién?

ARTURO. Quizá de Emilio.

ROS. No; me parece que las visitas del doctor las motiva otra enferma.

ARTURO. ¿Usted?

ROS. Nada me ha dicho; pero, sus atenciones... su respetuosa timidéz...

ARTURO. Ese hombre ha perdido recientemente su escasísima fortuna en el negocio de las pesquerías, y yo imagino que trata de resarcirse por medio de un matrimonio.

ROS. No pienses de ese modo; Emilio es pundonoroso y digno.

ARTURO. Sin embargo, procure indagar...

ROS. Quédate á comer con nosotros y hablaremos con mi hermano.

ARTURO. Dentro de media hora volveré.

ROS. No desmayes.

ARTURO. Eso fuera indigno de mí.

ESCENA VI

ROSARIO Y PILAR

PILAR. ¿Ya se ha marchado?

ROS. Tu conducta ha sido cruel y despiadada.

PILAR. ¡Es tan orgulloso! Además, ya tengo mi elección hecha.

Ros. ¿Y en quién recae?

Pilar. Hoy mismo lo sabrás. (Hace sonar el timbre.)

Ros. (¿Tendrá razón Arturo?... Yo lo descubriré.) (Vase.)

ESCENA VII

PILAR y una CRIADA; luégo DON MANUEL

Pilar. (A la Criada.) Cuando venga don Emilio me lo adviertes. (Mutis.)

Criada. Bien, señorita. (Hacen mutis las dos.)

Man. (Sale por una puerta lateral y dice mirando hacia dentro.) Descuida, Ramón; yo me encargaré del asunto.

ESCENA VIII

DON MANUEL y EMILIO. Cuando va á salir Manuel por la puerta del foro entra Emilio.

Man. Hola, don Emilio, acabo de hacer un cumplido elogio de su persona.

Emilio. ¿A quién?

Man. Á don Ramón. He descubierto que ama usted á Pilar y quiero allanarle los obstáculos, porque usted es hombre que lo merece.

Emilio. Yo no pretendo...

Man. Sea usted franco y explícito conmigo. Ya sabe usted que Ramón y yo somos parientes y que además de esto nos une desde la infancia una amistad íntima, fraternal. Yo amo á Pilar como si fuese hija mia; no tengo familia y me aproximo á ésta buscando ese calor del alma que no puedo hallar en parte alguna. Le hablo de este modo porque yo creo que usted es el más digno de merecer á Pilar entre aquéllos que la aman, si es verdad que usted la pretende.

Emilio. No me atrevo á pretenderla, pero la amo; la amo con

toda mi alma desde el primer momento en que la ví. De esto hace un año, en la época veraniega y en San Sebastián; vivíamos en el mismo hotel, nuestras habitaciones estaban contiguas y mis amores se alimentaban entonces con los atrevimientos de mis ojos. Pero una noche oí que su padre decía á los criados: Mi hija está enferma; un médico, pronto, un médico. Me levanté maquinalmente de mi asiento; una voz me dijo en el alma: hace falta un médico. ¡Vas á verla! y sentí el impulso de la esperanza; pero otra voz me dijo: hace falta un médico, ¡está enferma! .. Y sentí el aplanamiento del temor. Salí temblando, ofrecí mis servicios como quien pide una limosna y don Ramón me hizo entrar. Ella estaba tendida en el lecho, con los cabellos revueltos, los ojos vidriosos, la respiración anhelante, y yo, que en mis enfermos he visto sólo el organismo escueto, la materia quejándose, en aquellos momentos ví desgarrarse la enfermedad y aparecer en el fondo la mujer. Yo no era el médico, era el hombre; sentí que el corazón me invadía el cerebro; se me olvidó todo cuanto sabía, la ciencia me pareció pobre, mis conocimientos escasos, y de buena gana hubiera juntado las manos para exclamar: ¡Dios mío, que no se muera! ¡que no se muera, que no se muera! en tanto que las palpitaciones de aquel corazón enfermo respondían á las palpitaciones de mi corazón angustiado. Yo no sé lo que pasó ni lo que dije, ni lo que hice; tan sólo recuerdo que al cabo de algunos días me dijo Pilar, con su boca de perlas, sonriente: Amigo Emilio, me ha dado usted la vida; y era verdad, le había dado la mía.

MAN. ¿Y usted no ha comunicado á nadie su pensamiento?

EMILIO. A ella sólo; y me arrepiento ahora de haberlo hecho. Hablé en un momento de entusiasmo en que no pude reprimir la sinceridad de mi afecto.

MAN. ¿Es que ella rechaza sus pretensiones?

EMILIO. Ni las rechaza ni las acepta. Me rogó que frecuen-

tara su casa y abrió con ello camino á mi esperanza.

MAN. Entonces, no me explico sus temores.

EMILIO. Al declarar mi pasión á Pilar, yo ignoraba quien fuese; no ví en ella más que la mujer amada; pero ahora cuando la veo rica, poderosa, y comparo sus caudales con mi pobreza y su ostentación con mi humildad, siento que mi espíritu se repliega deslumbrado como los ojos cuando miran al sol. Este amor que es un consuelo en mi pecho, tengo miedo de que sea un peligro en mis labios; esa fortuna que á ella la enaltece tengo miedo de que á mí me desdore.

MAN. Las personas honradas todas valen lo mismo, y el dinero en ellas es una contingencia. Por algo al oro se le llama fortuna.

EMILIO. No puedo... no me atrevo.

MAN. Emilio, yo le aconsejé que empleara sus ahorros en el negocio de las pesquerías que ha tenido tan triste resultado y mi conciencia me acusa de que soy la causa de su ruína de usted; por eso anhelo favorecerle en cuanto pueda.

EMILIO. Aquel dinero no representaba un capital.

MAN. Para usted sí; era el fruto de su trabajo.

EMILIO. Pues bien, por este medio no admito compensaciones. Yo soy un hombre de ciencia extraño á esas empresas y me ha sucedido lo que debia sucederme.

MAN. No sea usted cobarde. Usted ama á Pilar y debe obtenerla. Don Ramón está muy bien dispuesto en favor de usted Yo le hablaré de nuevo.

EMILIO. De ningún modo, estoy decidido á partir; vengo á despedirme de Pilar.

MAN. Es bien extraño. (Estos hombres de ciencia están algo perturbados.) (Aparece Pilar cuando Manuel hace mutis.)

PILAR. Adiós, padrino.

MAN. Hasta luégo, hija mía,

ESCENA IX

PILAR y EMILIO

EMILIO. (Cuando la veo mi valor desfallece.)

PILAR. (Llegó el momento.) He leído los periódicos, doy á usted mi enhorabuena.

EMILIO. ¡Pilar!

PILAR. Mi tía está en su tocador, mi padre en su despacho; hablaremos nosotros aquí aunque yo tenga muy poco ingenio para hacer agradable la conversación á un hombre como usted.

EMILIO. Usted es tan modesta como ingeniosa.

PILAR. ¡Pobre Emilio, siempre tan bondadoso conmigo, y yo tan ingrata con él!

EMILIO. ¡Usted ingrata!

PILAR. Otro hombre me lo hubiera dicho él; pero usted es tan bueno que da ocasión á que yo me lo diga.

EMILIO. No comprendo...

PILAR. ¿No? (¡Jesús, estos sabios no saben nada!) (Pausa.) (1). ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

EMILIO. Un año próximamente.

PILAR. Es verdad, en San Sebastián. ¡Qué recuerdos tiene para mí aquella playa!

EMILIO. ¿Gratos?

PILAR. Gratísimos. (Pausa.) ¡Qué veleidoso es el tiempo! ¡Cómo cambia todo en un año, las cosas, las personas, sus inclinaciones...

EMILIO. Las mías no.

PILAR. ¿No? (Pausa.) Recuerdo que una tarde paseando juntos por la playa, usted me dijo...

EMILIO. Sí, le dije que la amaba.

PILAR. (Gracias á Dios.) No, no era eso á lo que yo me refe-

---

(1) En cada una de estas pausas, Pilar queda mirando á Emilio atentamente esperando á que él hable.

ría... Por cierto que desde entonces temo que usted me guarde algún rencor.

EMILIO. ¡Yo, Pilar!

PILAR. En verdad que yo no podía hacer otra cosa que rogarle que frecuentase mi casa. Durante todo ese tiempo he hecho experiencia de sus condiciones de usted, y le he visto tan reservado, acaso tan inconstante...

EMILIO. Inconstante, no; amo sin esperanza, pero amo.

PILAR. Sin esperanza, ¿por qué?

EMILIO. ¡Y es usted quien lo pregunta!

PILAR. Yo soy quien lo preguuto.

EMILIO. ¿De suerte que usted no me rechazaría?

PILAR. En todo un año bien pude hacerlo.

EMILIO. (Voluntad, ¿por qué desfalleces?)

PILAR. ¿Esas dudas encubren una retractación?

EMILIO. No, Pilar, mi amor es mi vida y en él se concentran todos los matices del sentimiento, desde el temor á la veneración; pero por las explicaciones que habré de tener con su padre de usted, temo que me conceptúe indigno de merecer su mano.

PILAR. No tema usted eso; mi padre me quiere demasiado para distinguir entre su voluntad y la mía.

EMILIO. Sin embargo...

PILAR. Yo misma voy á prevenirle. Hoy amaneció contento y conviene aprovechar la ocasión.

EMILIO. (¡Estoy soñando!)

PILAR. Y no puede decirse que somos precipitados en nuestras resoluciones, porque esto hace todo un año que lo venimos pensando los dos con mucha calma, y... ¿no es verdad?

EMILIO. ¡Me parece mentira! ¡Es posible que yo pueda estrechar esta mano con la esperanza de que ha de ser mía! ¡Pilar, Pilar! (Un reloj da las cuatro.)

PILAR. ¡Las cuatro! Emilio, tenga usted la bondad de esperar en ese gabinete; he de escribír una carta de gran interés y el tiempo vuela. Después que haya prevenido á mi padre, llamaré á usted.

EMILIO. (¡Venza la pasión! Ya no es posible retroceder. (Vase.)

ESCENA X

PILAR

Voy á contestar á Alfredo en este momento. Cada hora que pasa, me parece un siglo. Aquí mismo escribiré. (Se sienta á escribir, sonriendo maliciosamente, en tanto que escribe la carta.) Esto es. «Amigo Alfredo: »Cuando recibí tu carta dándome cuenta de tu matrí»monio, ya estaba concertado el mío con el sabio »Doctor don Emilio Castro. Regularmente me casaré »antes que tú. ¡Quién había de decirlo! Dale recuer»dos míos á tu futura. Yo ni siquiera me había tomado »la molestia de anunciarte mi casamiento. Tuya, »*Pilar*.» ¡Ah, quién pudiera estar presente á la lectura de esta carta! ¡Ellos me han lanzado una flecha y yo se la devuelvo envenenada. Diente por diente; Y no soy vengativa, soy justa. (Toca el timbre y aparece el Criado 1.°) Diga usted á mi papá que deseo hablarle.

CRIADO. Está en su gabinete ocupado, tratando de un asunto con el Notario.

PILAR. Por eso le llamo aparte, que si no iría yo misma á verle. No se detenga. (Vase el Criado.) Después que haya hablado con él mando esta carta certificada. ¡Pobre Emilio! ¡Me da lástima! ¡Qué hombre tan misterioso! ¿Le amaré? Sí; el corazón casi nunca va á la boda; ó se casa antes ó se casa después.

ESCENA XI

PILAR y RAMÓN

RAMON. Pero hija, me llamas cuando estoy tratando de un asunto....

PILAR. ¿Más importante que yo?

RAMON. Más importante que tú no hay nada para mí.

PILAR. Pues entonces, escucha; porque se trata de lo más importante.

RAMON. Veamos; ¿qué ocurre?

PILAR. Dentro de poco un amigo nuestro te pedirá mi mano.

RAMON. ¡Cómo!

PILAR. Ya pienso formalmente en casarme.

RAMON. ¿Es decir, que tu primer pensamiento formal es abandonar á tu padre?

PILAR. ¡Te opones á mi matrimonio!

RAMON. Deploro mi suerte.

PILAR. Y ¿es posible, que tú, padre mío, que jamás negaste cosa alguna á mis caprichos infantiles, te opongas ahora á lo que *constituye* la aspiración más grande y más legítima de mi existencia? Bien recuerdo que cuando era niña me traías á manos llenas cuantos juguetes solicitaban mis deseos: y sabiendo que las muñecas sólo me ofrecían dos placeres, uno el momento de recibirlas y otro el de romperlas, al día siguiente al de algún obsequio, descorriendo los cortinajes de mi cama me preguntabas con tu sonrisa bondadosa: ¿Pilarcita, las has roto ya? en tanto que á tus plantas yacían destrozados los restos de aquellos muñecos, víctimas de mi voracidad infantil.

RAMON. Pero, hija...

PILAR. Así sois todos los padres, muy pródigos y muy buenos para las cosas pequeñas; pero luégo, cuando debéis satisfacer las grandes aspiraciones de las hijas, cuando queremos imitaros constituyendo una familia, sois tiranos y crueles, os oponéis á nuestros amores disculpando vuestro egoísmo con decir que somos *todavía muy niñas* para el amor, con lo cual amargáis la existencia que nos dísteis y conseguís que no amemos á nadie; al novio porque no es posible y al padre porque es un tirano.

RAMON. ¡Cuánto disparate estás ahí diciendo!

PILAR. ¿No es verdad que no te opones? Ya lo sospechaba; si tú no eres un padre vulgar, tú sabes muy bien que cuando vivamos los tres juntos yo te miraré de reojo diciéndote: Á tí te quiero más, mucho más que á mi marido, porque á tí te lo debo todo.

RAMON. ¿Á qué viene esto, cuando ya te he dicho que sentiria morir y dejarte soltera, sin más dirección moral que la de mi hermana Rosario?

PILAR. ¡Pobre tía!

RAMON. En el fondo es buena, pero es muy frívola y muy vanidosa; no piensa más que en divertirse y va introduciendo en tu alma la ligereza propia de las niñas á la moda. Yo he sido demasiado bondadoso contigo y ahora lo reconozco cuando ya es tarde.

PILAR. Jesús, que cosas dices.

RAMON. Tranquilízate; yo no me opongo á tus inclinaciones; no quiero sacrificarte á mi egoísmo; sólo te pido dos cosas: la primera, que elijas por marido un hombre honrado, laborioso; y la segunda, que no seas una hija ingrata, como esas que cuando se casan ocultan á los ojos de sus padres el espectáculo de su felicidad. No, yo quiero vivir con vosotros, y cuando te vea rodeada de dos ó tres pequeñuelos, en tu ventura se fundará la mía y exclamaré gozoso: ¡Ahora sí que es dichosa; ya siente por otros eso tan grande que yo siento por ella!

PILAR. No lo dudes; viviremos juntos. Emilio hará lo que yo quiera.

RAMON. ¿Quién es Emilio?

PILAR. Don Emilio Castro.

RAMON. ¿El doctor?

PILAR. Sí. Ya ves, le llaman sabio. Hace tiempo que habrás observado que él me ama.

RAMON. Sí...

PILAR. Es mejor que mi primo Arturo.

RAMON. Eso desde luego. Tu primo te arruinaría y este es un hombre de ciencia, muy amante de sus libros, inca-

páz de emprender un negocio; pero en fin, ya que no aumente tu dote la conservará.

PILAR. ¡Qué bueno eres! ¿De modo que ya está todo convenido? No hay más que hablar, nos casaremos pronto.

RAMON. No te precipites; el asunto es grave. . hay que ver...

PILAR. Tú dices que él me ha dado la vida, ¿qué menos puedo hacer yo que darle la mano?

ESCENA XII

DICHOS y ROSARIO; después EMILIO

ROS. Ramón.

PILAR. (No perdamos el tiempo.) ¡Emilio! (Acercándose á la puerta.)

ROS. Quiero consultarte acerca del negocio de las minas.

RAMON. ¿Te diviertes ahora con eso?

ROS. Pero hombre...

RAMON. Consulta con Manuel que se vuelve loco por los negocios. (Aparece Emilio.)

PILAR. (A Emilio.) Ya está prevenido. Mi padre es hombre de pocas palabras; diga usted sencillamente su pretensión.

ROS. ¡Ah, don Emilio, ya le esperaba á usted con impaciencia!

EMILIO. Rosario...

PILAR. Ustedes tendrán que hablar: yo me llevo á mi tía, con su permiso. (La coje de un brazo.)

ROS. Pero muchacha.

PILAR. Déjales, han de tratar de un asunto muy serio.

ROS. Hasta luego, Emilito. (Qué simpático es.)

ESCENA XIII

EMILIO y RAMÓN

RAMON. Pobre muchacho, está cortado; ya me habló Pilar acerca de sus pretensiones de usted.

EMILIO. Yo, don Ramón no puedo ofrecer á su hija más que un amor síncero y un nombre respetado.

RAMON. Si ustedes se aman...

EMILIO. Pero al formar parte de su familia, mi conciencia me dice que usted no debe ignorar cuanto se relacione con la mía.

RAMON. Tengo muy buenos antecedentes y...

EMILIO Sin embargo, hay algo que usted ignora y que hoy mismo debe saber.

RAMON. ¡Cómo!

EMILIO. Usted apreciará los hechos y juzgará mi conducta.

RAMON. ¡Qué es esto!

EMILIO. Hay páginas en la vida de un hombre que no quisiera leer él mismo.

RAMON. Hable usted.

EMILIO. He vivido diez años en Alemania á expensas de un hermano de mi padre, que exigía que cursara mis estudios en el extrarjero; durante mi ausencia y también bajo la protección de mi tío, quedaron en Sevllta mi madre y mi hermana. Cuando murió nuestro protector, aquellas pobres mujeres me ocultaron la triste nueva imponiéndose todo género de sacrificios porque yo continuara mis estudios. Entonces, un libertino de alma ruín y depravada, valiéndose del desamparo de aquellas mujeres, sedujo á mi hermana, empleando para ello amaños y perfidias y causando la muerte de mi madre que no pudo sobrevivir á tanta desgracia. Cuando yo regresé, buscando los consuelos y la paz de mi familia, salieron á recibirme conjuntamente la orfandad y la deshonra. El primer impulso de mi corazón fué ahogar entre mis manos á aquella infelíz qee había deshonrado nuestro nombre; pero observé que en sus brazos sostenía un niño que con su boca angelical parecía decirme que la deshonra en la mujer se redime cumpliendo los deberes de la maternidad. Mi cólera reclamaba la vida de mi hermana, pero aquel niño la reclamaba también, y en-

tonces, con llanto en los ojos, ví aplacarse mis furores de hombre ante aquellas blancas manecitas de ángel.

RAMON. Hizo usted bien.

EMILIO. Yo no podía abandonar á mi hermana; pero tampoco podía retenerla á mi lado, dando público testimonio de nuestra deshonra. Tomé, pues, la determinación de traerla á Madrid, donde la mantengo ocultamente sin que use mi nombre ni viva á mi lado; y como todo el mundo ignora que sea mi hermana, remedio el hecho con la prudencia que guardo en él.

RAMON. Pues bien, Emilio; su conducta de usted es la de un hombre pundonoroso y honrado; y al exponerme estos hechos con la ocasión que usted lo hace, se enaltece más á mis ojos.

EMILIO. ¿Usted cree que yo debo referir á Pilar?...

RAMON. Ni á Pilar ni á nadie; ese secreto no le pertenece á usted solamente. Su hermana ha sufrido una desgracia que usted ha logrado atenuar con la mayor prudencia. Continúen las cosas como están.

EMILIO. ¡Ah, don Ramón, usted me consuela y me redime! ¿Cómo pagarle tan gran beneficio?

RAMON. Con el amor que profesa usted á mi hija.

EMILIO. ¿Á pesar de mi pobreza?

RAMON. Sus virtudes de usted son valores que no se cotizan en Bolsa, porque no puede comprarse.

EMILIO. ¡Don Ramon!

RAMON. Venga usted á mis brazos. Cuando me digan mis colegas: has casado á tu hija con un pobre, yo les responderé: Pobre, sí, pobre para aquellos que no le conocen.

ESCENA XIV

DICHOS, ARTURO y ROSARIO

ARTURO. (¡Qué es esto!)

Ros. Celebro veros tan unidos.

RAMON. No extrañes que le dé los brazos, porque acabo de concederle algo que vale más.

Ros. Emilio todo lo merece.

RAMON. Os presento al futuro esposo de mi hija.

Ros (¡Es posible!)

ARTURO. (¡Qué escucho!)

Ros. (Y yo que había imaginado...) (Pausa.)

ARTURO. Doy á usted mi enhorabuena.

EMILIO. Gracias.

ARTURO. Pero... *á usted solo.* (Con ironía.)

EMILIO. (Con enojo.) ¿Qué quiere usted decir con esa *reticencia?*

RAMON. (Interponiéndose entre ambos.) No quiere decir nada. Puede usted comunicarle á Pilar el resultado de nuestra conversación.

EMILIO. (Qué hombre tan repulsivo.) (Vase.)

RAMON. Vaya usted, Emilio.

ESCENA XV

RAMÓN, ROSARIO y ARTURO

RAMON. Eres un imprudente; en mi casa no tolero la menor demasía.

ARTURO. Ese hombre es un infame.

RAMON. ¡Qué dices!

ARTURO. Ayer perdió su escaso capital en un negocio y hoy procura resarcirse con sus millones de usted.

Ros. Es cierto, Emilio no ama en Pilar más que la fortuna.

RAMON. Os advierto que estais en una casa honrada, donde no caben ni la calumnia ni la injuria.

ARTURO. Su oro de usted va á parar á manos del primer advenedizo que pasa por la calle.

Ros. Eso no es justo, y más cuando Arturo la pretende también.

ARTURO. Y yo pertenezco á esta familia.

Ros. Y es un hombre rico.

Ramon. Mi hija no necesita su dinero.

Arturo. Yo tampoco necesito el suyo y eso prueba la lealtad de mi afecto.

Ramon. En el matrimonio basta con que uno de los dos sea rico, pero no basta con que uno de los dos sea honrado.

Arturo. ¿Qué tiene usted que decir de mi honradéz?

Ramon. De tu honradéz nada; pero es lo cierto que eres un libertino, un seductor de oficio.

Ros. Hoy día los hombres adinerados no son seductores, sino seducidos. Yo, leyendo en la *Biblia* el pasaje de la esposa de Putifar, comprendí que antiguamente ciertas mujeres tiraban á los hombres de la capa para quedarse con ellos; pero ahora sucede lo contrario, ahora tiran de ellos para quedarse con las capas.

Ramon. El capital de sus vicios es mayor que el capital de sus bienes. (Á Rosario.)

Arturo. En cambio, esta boda la fragua el despecho.

Ramon. ¿Quién afirma eso?

Arturo. Yo.

Ros. Y yo.

Ramon. Es decir; nadie.

Ros.
Art. } ¡Cómo!

Ramon. Basta ya. En mi hogar no hay más voluntad que la mía y el que no la acepte debe retirarse.

Arturo. ¡Ah!

Ros. ¿Qué haces?

Ramon. Lo que debo. Vete; ya que no puedes lograr tu felicidad en esta casa, no turbes nuestra ventura; ten respeto á los últimos días de un anciano y á los amores inocentes de una niña; déjanos en paz, que riamos nuestros placeres ó que lloremos nuestros dolores; que el que no viene á consolarlos no debe ni aun saberlos.

Arturo. Sí, me voy por no presenciar el espectáculo tristísimo que ofrece esta familia.

ESCENA XVI

DICHOS y PILAR, que entra sin ser vista y escucha las últimas palabras de Arturo.

PILAR. (¿Qué es esto?)

ARTURO. En la cual un padre irreflexivo entrega su hija á un hipócrita solapado y artero que la pretende por su fortuna y no por su virtud.

PILAR. (¡Qué dice!)

RAMON. ¡Arturo!

ROS. ¡Es cierto!

ARTURO. Mañana, cuando esas murmuraciones que usted desprecia lleguen á Pilar, será infelíz, porque vivirá dudando si la solicitud de su esposo es la expresión del amor ó una farsa para continuar administrando la dote.

RAMON. ¡Cuánta maldad encierra tu alma!

PILAR. (¿Será cierto? ¿Causaré yo misma mi propia desventura?)

RAMON. ¡Hija!... ¿Has escuchado?

ROS. ¡Está pálida, temblorosa!

ESCENA XVII

DICHOS, EMILIO y el CRIADO 1.°

EMILIO. ¿Qué sucede aquí?

ARTURO. ¡Auxilie usted á Pilar!

EMILIO. ¡Qué!

CRIA. 1.° Señorita, he certificado la carta y la he echado al correo.

PILAR. ¡Ah, bien! Esto no es nada... un ligero vahído... las emociones del día. El aire del jardín me aliviará. Emilio, déme usted el brazo. Papá, acompáñanos.

EMILIO. ¡Cuán felíz soy!

RAMON. ¡Dios les haga dichosos!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Otra sala lujosamente amueblada en casa de Pilar.

ESCENA PRIMERA

PILAR y ROSARIO

Ros. ¿Sabes quién ha dado una *soiré*?

Pilar. ¿Quién?

Ros. Alfredo, tu antiguo novio. Arturo me ha dicho que ese es un matrimonio mal avenido.

Pilar. (Con alegría.) ¿De veras?

Ros. (Intencionadamente.) ¡Hay tantos matrimonios infelices!

Pilar. Dios sabe lo que dirán de nosotros.

Ros. ¡Ah, si lo supiera Dios nada más!

Pilar. Pues bien; ¿qué dicen?

Ros. Tú no lo ignoras, lo repiten á tus oídos frecuentemente; dicen que Emilio se casó contigo por el vil interés.

Pilar. Le calumnian.

Ros. Quizás; yo veo que Emilio es amable... humilde... verdad es que no le conviene otro papel.

Pilar. ¿Dudas de mi esposo?

ROS. Yo... (Con indiferencia.) Y ¿tú? (Movimiento nervioso en Pilar. Pausa.)

PILAR. ¿Conque Alfredo es desgraciado?

ROS. Sí, nos ha invitado su señora. ¿Iremos?

PILAR. ¿Á su casa? Nunca. Además, desde qne terminó el luto por la muerte de mi padre, me vas llevando de fiesta en fiesta. Es en verdad insufrible tanta exhibición.

ROS. Hija, estos son nuestros negocios; los hombres también tienen los suyos y no piensan más que en ellos.

ESCENA II

DICHAS y CRIADO 1.º, con un ramo de flores.

CRIA. 1.º Señorita.

PILAR. ¿Qué?

CRIA. 1.º Don Emilio ha estado en el huerto y manda al jardinero con este ramo para usted.

PILAR. ¿Á ver? (Coge del ramo una flor.) Déjalo allí encima. (El Criado coloca el ramo en un jarrón.)

CRIA. 1.º ¿Desea algo la señora?

PILAR. Nada.

ESCENA III

ROSARIO y PILAR

ROS. ¡Qué amable es tu esposo!

PILAR. Ya ves.

ROS. Pues decíamos, que los hombres no piensan más que en sus negocios. Ahí tienes á Manuel ciego con nuestras minas, á Arturo con sus contratas y á Emilio visitando enfermos á pesar de ser rico.

PILAR. Sin embargo, Emilio piensa en mí. (Besando la flor.)

ROS. No lo dudo, porque *eso también* puede ser un buen

negocio. (Pilar deshoja la flor que tiene en la mano.) ¿Qué haces? ¿Estás nerviosa?

PILAR. Rosario, hay días en que no puedo sufrirte.

ROS. ¡Pilar!

PILAR. Te ruego que no vuelvas á turbar mi tranquilidad con esas reticencias mil veces más amargas que la injuria que delatan. Cuando tengas pruebas de que Emilio es un infame que explota mi amor, entonces muéstralas á mis ojos con franca rudeza, para que yo sepa de una vez si mi marido es mi marido ó el primero de mis criados. No supongas que me he de morir de pena al descubrirlo, porque es más odiosa esta incertidumbre que la realidad, por horrible que sea. Desde que me habéis hecho dudar de la nobleza de sus pasiones, siento dentro de mí el deseo imperioso y la necesidad de que me ame, de tal manera, que si arrancándole el corazón lograra desengañaros y quedar vencedora, lo haría, aunque llegasen hasta mí á un tiempo mismo su amor y su muerte.

ROS. Yo soy eco de lo que dice todo el mundo.

PILAR. Si le oyeras cuando me habla, dirías que mi esposo es el primero de los amantes.

ROS. Ó el primero de los hipócritas.

PILAR. Lo mismo me da; *el primero de* algo, pero nunca un hombre vulgar, ambicioso, miserable, menudo, como vosotros decís.

ROS. Yo no creí que le amabas tanto.

PILAR. Yo no amo á nadie. (Toca el timbre y aparece un Criado en el foro.) Que enganchen; hoy vamos al Real.. (Se retira Pilar por una puerta lateral y el Criado por el foro.)

ESCENA IV

ROSARIO; después una Criada.

ROS. ¡Tú sí que eres insoportable siempre! Tiranuelo con faldas, que no tienes más pasiones que tus caprichos.

CRIADA. Señorita...
ROS. ¿Qué ocurre?
CRIADA. Hay novedades.
ROS. Habla.
CRIADA. Cumpliendo sus ordenes he registrado la papelera de don Emilio.
ROS. Y bien...
CRIADA. He encontrado este sobre escrito de su letra.
ROS. (Leyendo.) «Magdalena. Escorial, siete, segundo.» Esto es un indicio.
CRIADA. No señora, no es un indicio, es una mujer; yo lo sé de muy buena tinta, porque me ha dicho el conserje del Casino, que el señorito Emilio la escribió el otro día una carta incluyéndole algunos billetes de Banco.
ROS. ¿Es cierto?
CRIADA. Sí, señora; yo no miento nunca, á mí no me gustan los chismes; cumplo con mi deber y nada más.
ROS. Está bien. Ya te llamaré luégo. (Se va la Criada.)

ESCENA V

ROSARIO, un CRIADO y ARTURO

CRIADO. El señorito Arturo.
ROS. (A tiempo llega.) Que pase. (Al Criado.) Estaba pensando en tí, querido sobrino.
ARTURO. ¿Qué novedades hay por esta casa?
ROS. Todo sigue lo mismo. Pilar, esclava de sus nervios, llena de caprichos, recelosa del amor y de la virtud de Emilio; aceptando sus halagos como quien acepta sus servicios, y él representando á las mil maravillas su papel de hombre tímido y escrupuloso; no se atreve ni á usar del coche de su esposa, ni á mandar á los criados; es un huésped en la casa, es la lechuza al sol. El otro día le saludó la Baronesa, diciéndole: «Emilio, *qué caro se vende usted,*» y el infelíz se puso

rojo como la grana. Anoche la de Montarbel le dijo en la mesa: «¿Por qué visita usted á los enfermos? un marido rico, ¿no debe tener otra profesión?» y él no supo qué responder. Vive fuera de su elemento; ni sabe bailar, ni tocar el piano, ni montar á caballo; por todas partes le abruma el peso del ridículo y de la situación falsa que se ha creado; únicamente cuando habla de ciencia se entusiasma, cierra los puños y manotea como un sacamuelas; nosotras nos reímos mucho, y algunas veces apelamos á la conversación de los microbios para decirle después: Amigo Emilio, no hable usted de cosas feas; eso no es correcto, no es limpio, es propio del hospital.

ARTURO. ¡Me alegro! Por fin esa loca espía su ligereza. ¡Cuánto siento que haya muerto su padre!

ROS. ¿Por qué?

ARTURO. Porque durante su vida permanecieron latentes estas discordias. Ahora podría ver cumplidos mis vaticinios Durante su enfermedad vine á verle y nos reconciliamos; pero yo soy hombre que ni perdona ni olvida.

ROS. ¿La amas aún?

ARTURO. No; que tengo demasiado orgullo para amar á una mujer que es de otro; tengo bastante soberbia para no sufrir humillaciones impunemente.

ROS. ¿Qué proyectas?

ARTURO. Después de ver el espectáculo de sus desgracias, sólo me falta una cosa.

ROS. ¿Cuál?

ARTURO. Que ella sepa que yo lo veo.

ROS. No puedes negar que eres mi sobrino.

ARTURO. Su marido es un infame, no me cabe duda.

ROS. Yo, á decirte la verdad, aún no he acabado de convencerme, pero tengo un dato luminoso.

ARTURO. ¿Cuál?

ROS. Esta nota. (*Le da el sobre.*) Averigua quién es esa mujer y las relaciones que tiene con Emilio.

ARTURO. ¿Será su querida?
ROS. Cuando menos él le manda dinero.
ARTURO. ¡Ah, entonces!...
ROS. Ya ves que no está lejos; podías ir ahora... Yo tengo que vestirme porque vamos al Real.
ARTURO. Yo acompañaré á ustedes; si descubro lo que sospecho, no quiero separarme de mi prima en toda la noche.

ESCENA VI

PILAR y ROSARIO

PILAR. ¿Con quién hablabas?
ROS. Con Arturo.
PILAR. ¿Y mi padrino?
ROS. Vendrá luégo.
PILAR. ¿Y Emilio?
ROS. Es extraño que preguntes por él, nunca lo haces.
PILAR. ¿Sí? Pues hago mal.
ROS. He invitado á comer á varias amigas.
PILAR. Ya me cansan tantas visitas.
ROS. Observo que ni aun mi compañía es de tu agrado. Es verdad, que yo sólo puedo darte malas noticias.
PILAR. ¿Qué?
ROS. Permite que no hable; me lo has prohibido.. hasta que tenga pruebas...
PILAR. Por Dios, Rosario, no me desesperes; ya sabes que no me gusta que me impacienten.
ROS. Si lo deseas...
PILAR. Lo exijo. Además, ahora estoy muy aburrida, cuéntame todo lo que quieras, me hallo dispuesta á oir cuanto me digas; eso me distraerá.
ROS. Pues bien, tu marido mantiene á una mujer.
PILAR. ¡Es falso!
ROS. No digo que sea su amante...

PILAR. ¡Entre todos queréis desesperarme! ¡Estáis avivando un infierno en mi alma!

ROS. ¡Pero, hija, quién puede comprenderte! Tú misma has solicitado de mí...

PILAR. ¿Tú, cómo has sabido?...

ROS. Más tarde podré convencerte; por ahora suspende tu juicio y vive prevenida.

PILAR. Una cosa te ruego: suceda lo que suceda, debe ignorarlo Arturo. Ese ha de creerme felíz.

ROS. Yo no sé...

PILAR. Calla.

ESCENA VII

DICHAS, un CRIADO y después EMILIO

CRIADO. La señora Baronesa y sus hijas.

ROS. Somos con ellas al momento: condúcelas al salón azul. Las he invitado á comer; vendrán después al teatro con nosotras.

EMILIO. Pilar...

ROS. Vamos, Pilar. Perdone usted, Emilio; ha venido la Baronesa. Entre usted si quiere.

EMILIO. Pilar, deseo hablarte.

PILAR. Ahora no puede ser.

EMILIO. Yo quisiera sustraerte á las influencias de tus amigos. En verdad, les tengo envidia porque les dedicas más tiempo que á mí.

PILAR. (¡Si esto que dice fuera sincero, cuán grato sería!) (Á él.) Ya hablaremos; por ahora no puedo alterar el orden de mi casa.

EMILIO. *¡De mi casa!* (Con amargura.)

PILAR. ¿Conque la Baronesa espera? Vamos, vamos; tengo muchas cosas que decirle. Es una mujer tan agradable...

EMILIO. ¡Dios mío! (Pausa. Hace sonar el timbre.)

ESCENA VIII

EMILIO y CRIADO 2.°; después CRIADO 1.°

EMILIO. ¿Las señoras van á salir esta noche?

CRIA. 2.° Sí, señor. Han dispuesto que enganchen. Van al teatro.

EMILIO. ¿Solas?

CRIA. 2.° Las acompañará el señorito Arturo.

EMILIO. (¡Arturo! ¡Siempre este hombre!) Está bien. (Se retira el Criado 2.° y se escucha la voz de Rosario por una puerta lateral, diciendo:)

ROS. Antonio, traiga usted más luces. (Aparece el Criado 1.°, coje dos candelabros que hay sobre una consola y se dirige hacia la puerta por donde se oyó la voz de Rosario.)

EMILIO. Antonio, escuche usted.

CRIA. 1.° Perdone el señor, en este momento me llama la señora.

EMILIO. ¡Hasta los criados! (La escena queda á obscuras y por la segunda puerta de la izquierda sale un foco de luz clara y fuerte; Emilio permanece pensativo en tanto que suenan por dicha puerta repetidas carcajadas y el ruído que producen varias personas que hablan.) Reíd, reíd, enjambre de parientes y amigos; transformad lo que debiera ser nido de mis amores en pública plazuela donde se coticen vuestros chistes. Han conseguido que mi esposa dude de la sinceridad de mi afecto; han logrado que acepte como supercherías de la codicia la solicitud y el halago con que mi amor se manifiesta. Y yo no puedo prohibir á Pilar el trato de esas gentes que constituye el elemento de su vida; de esas gentes que me odian, porque sospechan que para abrir sus palacios me he valido del amor como de una ganzúa, debiendo á mi audacia lo que no me otorgó mi nacimiento. Mi hogar es el nido formado con espinas; donde vivo me hiero. (Se escuchan nuevas carcajadas.)

ESCENA IX

DICHO, DON MANUEL y CRIADO 1.°

MAN. ¿Y doña Rosario?

CRIA. 1.° Con la señora Baronesa.

MAN. No importa; dígale que he venido y traiga usted luces.

CRIA. 1.° Volando, señorito.

MAN. (Á Emilio.) ¡Hola, Emilio! ¿Qué hace usted aquí solo, casi á obscuras?... Hace tiempo que le veo malhumorado. (Breve pausa.) ¿Continúan las reservas para conmigo? Ya sabe usted que represento á don Ramón en esta casa; hábleme usted como le hablaría á él si viviera.

EMILIO. ¿Quiere usted saber breve y claramente lo que me entristece y lo que me abruma?

MAN. Hable usted.

EMILIO. La dote de mi esposa.

MAN. ¡Qué locura! (Breve pausa; el Criado deja las luces.)

EMILIO. No puedo callar más; he querido vencerme. ¡Es imposible! Yo soñaba para mi hogar un idilio con todas las ternuras de la pasión legítima, y me veo rodeado de gentes que me señalan con el dedo para decirle á mi esposa: «Ese no es tu marido, sino un miserable que aceptó tu mano como se acepta un buen negocio,» y una vez deshechos los lazos de la intimidad y de la confianza, que constituyen el verdadero matrimonio, me veo tácitamente divorciado, sin justificación moral, en una casa donde todo pertenece á su dueña; todo, todo, criados, amigos, parientes, incluso yo mismo, en el concepto de que sus palabras caen sobre mí con sonidos metálicos.

MAN. ¡Quién hace caso de murmuraciones!

EMILIO. Mi esposa.

MAN. ¿Ella cree lo que dicen?

EMILIO. No, pero lo duda y eso basta. ¡Ah, si lo creyese, no sería durable nuestra unión! ¿Cómo había yo de aceptar que me escupieran los labios que tienen la misión de besarme?

MAN. Pero ella...

EMILIO Acostumbrada á los halagos de todo el mundo, acepta mi solicitud como un tributo que le es debido, como un hecho servil, pero no como la expresión de un sentimiento.

MAN. Desprecie usted eso. Ocúpese en asuntos serios, verdaderamente serios; en negocios... Por lo demás, la casa de su mujer es la de usted.

EMILIO. ¡La casa de mi mujer! ¡Todo es aquí de mi mujer!

MAN. Y de usted.

EMILIO. Pues bien; necesito que Arturo no pise más estos umbrales. Ese hombre ha pretendido el amor de Pilar y ahora turba el nuestro con la calumnia. Yo no quiero arrojarle por mí mismo, porque me temo ... pero usted que por su...

ESCENA X

DICHOS y ROSARIO

ROS. Manuel. Con su permiso. (Á Emilio.) Nuestro negocio va mal. Me ha dicho Arturo que la casa de Warler no se encarga de la conducción del mineral si no le damos veinte pesetas por tonelada.

MAN. ¡Eso no puede ser! ¡Qué atrocidad! ¡Después de comenzados los trabajos!

ROS. Yo voy á vender mis acciones.

MAN. ¡Señora, por Dios, que van á bajar! Yo tengo medio de arreglarlo. Ahora voy...

ROS. Venga usted por allí dentro; estamos con la Baronesa. (Vase.)

MAN. Escribiré á Warler. Esta es la clave de la cuestión.

(Á Emilio.) En fin, Emilio, eso no tiene gran importancia. En algunas cosas tiene usted razón... pero ya con el tiempo..., hablaremos y... (veinte pesetas por tonelada. ¡Qué barbaridad!) (Vase.)

EMILIO. ¡Ah, esto no es posible; no es posible! Necesito provocar una solución resuelta y definitiva. (Vase.)

ESCENA XI

ARTURO y CRIADO 1.°; luégo ROSARIO.

ARTURO. Diga usted á doña Rosario que estoy aquí. (El Criado cruza la escena.) Hoy es el día más venturoso de mi vida.

ROS. ¿Has descubierto algo?

ARTURO. Más de lo que yo esperaba.

ROS. ¿Quién es esa mujer!

ARTURO. Magdalena; mi antigua amante, la de Sevilla.

ROS. ¿Aquella desdichada de quien tuviste un hijo?

ARTURO. Sí; de suerte que Emilio, por quien me ha desdeñado Pilar, va recogiendo los despojos de mis amores y esa infelíz mujer á quien yo he abandonado, es la rival de mi prima. ¡Qué hermoso contraste y qué sabrosa venganza!

ROS. ¿Y fuíste á su casa?

ARTURO. ¿Dónde mejor? al encontrarme, después de tan larga ausencia, quedó llena de asombro, y... por la esperanza de que yo llegase á reconocer á mi hijo, estuvo atenta á mis palabras. Confieso que la presencia de aquella desdichada me conmovió.

ROS. ¿Viste al niño?

ARTURO. No, y me alegro de no haberle visto.

ROS. ¿Y cómo vive esa mujer?

ARTURO. La casa es tan humilde, que sublevó mis iras contra ese hombre. ¡Miserable, ni siquiera es espléndido en sus vicios, cuando los mantiene con dinero ageno! En fin, le dije que había descubierto sus nuevos amores,

y ella cayó á mis piés gimiendo y protestando de que Emilio fuera su amante.

Ros. ¡Protestando!

Arturo. Sí, pero no pude creerla, porque hallé una carta de Emilio sobre una mesa.

Ros. ¿La guardas?

Arturo. Aquí está. Entonces le dije quién es el hombre que me ha sustituído, las indignidades que comete para...

Ros. La carta... la carta.

Arturo. Escuche usted: «Magdalena: mañana mismo iré á ver»te. Cada día deploro más que la fatalidad nos obligue »á vivir separados.»

Ros. ¡*La fatalidad*!

Arturo. «Mi existencia es triste y tu amor podría mitigar mis »penas. Confía en mí, nunca te faltarán mi protección »y mi afecto.—¡Emilio!»

Ros. ¡Sí, Dios es justo; no permite que la maldad quede encubierta!

Arturo. Prevenga usted á Pilar. ¡Ah! Ya veo su altivéz humillada; mirando con horror el abismo á donde la ha despeñado su orgullo y la decepción que le ha causado la propia soberbia; ya la veo arrepentida de haberme despreciado; la veo derramando á mis piés aquellas lágrimas que nunca pudieron descubrir mis ojos... Sí, es verdad, la venganza es el placer de los dioses; es un alma pisoteando á otra alma. Llámela usted, llámela usted, que todo esto quiero decírselo yo á ella.

Ros. ¡Ah, qué conflicto! En fin, yo no lo he provocado.

ESCENA XII

ARTURO y después PILAR

Arturo. (Se aproxima á la puerta por donde hizo mutis Rosario.) Ya la habla... (Pausa.) ¡Palidece! ¡Ah, sí, viene!

PILAR. (Con frialdad aparente.) ¿Es cierto lo que me ha dicho Rosario?

ARTURO. Es cierto. (Con alegría feróz.)

PILAR. ¡Imposible!

ARTURO. Toma. (Le da la carta. Pilar la coge y la lee en voz baja.)

PILAR. (¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Infame!) (Hace un esfuerzo para demostrar que está serena, y con sangre fría y aparente tranquilidad rompe la carta)

ARTURO. ¿Qué haces?

PILAR. Nada. (Aparentando la mayor indiferencia.) Esto no tiene importancia. La historia vulgar de todos los días. Un marido que ama á su mujer. (Movimiento de asombro en Arturo) Sí, me ama, y que al propio tiempo tiene un devaneo fuera de su casa, sin alterar la paz del matrimonio.

ARTURO. Pilar...

PILAR. Ya te he dicho que soy felíz y que nunca tuve arrepentimientos de mis actos. Yo soy la esposa amada, respetada; el ídolo, en fin, y esta pobre es... la hembra que recoge el tiempo perdido. Ni más ni menos.

ARTURO. ¡Já, já, já!

PILAR. ¡Te ríes! (Con enojo.)

ARTURO. (Con sarcasmo.) No, hija, no; tienes razón, tienes mucha razón. Tú hablas así y es justo; en cambio esa *pobre* dirá: Emilio se casó con una infelíz para explotar su dote y mantener aquí su verdadero amor; la esposa vive contenta á pesar de que es un árbol que da frutos dorados para que yo los coma.

PILAR. No puedes negar que me ama. Me lo han confirmado sus lágrimas y sus hechos.

ARTURO. ¡Ah! ¿Llora?... Esta casa bien merece algunos suspiros.

PILAR. ¡Calla ó vete!

ARTURO. Él ama á una mujer á quien yo he despreciado.

PILAR. ¿Tratas de humillarme?

ARTURO. Yo no; él, él... (Sonriendo.)

PILAR. ¡Arturo! (Con indignación.)

ARTURO. ¡Pilar! (*Con ira. Pausa.*) Tú me has despreciado por otro hombre, pero has tenido que comprarle. Esto te hará sufrir, ya lo sé, porque no te ves amada, sino *codiciada.* ¡Cuánto padecerá tu orgullo!

PILAR. ¡Basta, ó llamo!

ARTURO. Podrían arrojarme de aquí, pero á ver quién arroja las palabras que ya he dicho.

PILAR. ¡Basta, basta ya!

ARTURO. Tu verdadera rival no es Magdalena, no: es tu fortuna, la tienes en tu casa y no puedes despedirla y todo el mundo lo sabe. Tu matrimonio es una farsa con la que has de transigir forzosamente. Hé aquí tu obra, tú lo has querido.

PILAR. ¡Ah! (*Coje resueltamente el cordón de la campanilla y se dispone á llamar. Arturo le hace una seña indicándole que se retira voluntariamente. Pilar suelta el cordón de la campanilla, se vuelve de espaldas á Arturo y se cubre el rostro con las manos. Arturo se aproxima á ella lentamente, y sin que pueda oirle llegar, le aparta violentamente una mano del rostro y le dice con satisfacción.*)

ARTURO. ¿Lloras?...

PILAR. ¡Ah! (*Enjuga sus lágrimas rápidamente.*) No, no lloro. Mira. (¡Miserable!) (*Pilar le vuelve la espalda. Arturo le dice en voz baja.*)

ARTURO. Cuando llegue el último desengaño y te veas sola y olvidada, considerarás como una esperanza grata este afecto mío que has mirado siempre con desdén; entretanto, llora, llora y sufre. (*En el foro, aparte y con satánica alegría.*) ¡La he visto llorar!

ESCENA XIII

PILAR

¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Larga pausa; se cubre el rostro con las manos y se la oye llorar.*) Yo no necesitaba esta prue-

ba; lo que me espanta es que sea Arturo quien la ha traído. Ha llegado el dolor envuelto en el escarnio; he sentido mis penas y su profanación; al fin quedan manifiestas las dudas que abrigaba de ese hombre desde el primer día de nuestro matrimonio Arturo tiene razón, mi rival no es Magdalena, sino mi fortuna; Emilio se ha casado conmigo no por amor, sino por codicia, y su halago y su obediencia, que ya me repugnan y me hastían, no son más que medios hipócritas de asegurar mi confianza. Yo soy la llave de su caja y me acaricia para manejarme. ¡Cómo se cebarán todos en mi desgracia! ¡Ah! Ya veo á Rafaela envuelta en su abrigo, cubierta la cabeza con un sombrero lleno de flores que cobije á aquella carita punzante y movible; ya la veo corretear de un lado á otro, visitar á todas mis amigas é irles diciendo que soy una loca, que me casé por despecho, que mi esposo me aborrece, que es un miserable, que nadie me ama, y todo esto aderezado con muchos visajes, aspavientos, sonrisas, y lo que es más triste, con frases de aparente piedad y compasión, diciendo: «¡Pobrecita Pilar, infelíz, desdichada! ¡Cómo la compadezco; cuánto lo deploro!» ¡Ah, esto es horrible! ¡Yo compadecida! ¡Yo humillada! ¡Jamás! ¡Esto abate mi orgullo; esto hiere mi amor propio!

ESCENA XIV

DICHA y ROSARIO

ROS. Pilar, la Baronesa se impacienta.

PILAR. ¡Ah, sí!...

ROS. ¿Has llorado?

PILAR. ¡Yo! Nunca he sido más felíz que ahora. No vamos al Real, sino al baile de Alfredo; quiero eclipsar á todas mis amigas con el fulgor de mis joyas y el bullir de mi alegría; me acompañarás tú, la Baronesa, su hija;

quiero que constituyamos el club del lujo y del placer, una tromba de sonrisas y destellos que inunde con sus remolinos todas las fiestas de la corte... Vamos... vamos .. ¡Já, já, já!

ROS. Al fin eres razonable...

PILAR. Razonable, no; porque estoy loca... loca de alegría... Vamos, vamos á sufrir... á reir... (Vase.)

ESCENA XV

MAGDALENA y una CRIADA

CRIADA. ¿Al señor solo?

MAGD. Sí, sólo á él.

CRIADA. ¿Y á quién anuncio?

MAGD. A... Magdalena... nada más.

CRIADA. (¡Ah!...) Está bien. (Se lo diré á doña Rosario.) (Vase.)

ESCENA XVI

MAGDALENA

¡Qué ansiedad... tengo miedo! Pero es preciso que le hable...: que le prevenga... ¡Pobre hermano mío, siempre he sido un obstáculo en su vida; yo, yo que le amo tanto! Si él lo consiente, me arrojaré á los piés de su esposa para revelarle la verdad; es preferible que sepan mi falta, que no que supongan...

ESCENA XVII

MAGDALENA y EMILIO

EMILIO. ¡Magdalena! ¡tú aquí!

MAGD. ¡Ay, Emilio!...

EMILIO. ¡Qué es esto!

MAGD. No lo comprendo bien, pero me parece horrible.

EMILIO. Explícate.

MAGD. Hoy me ha sorprendido en mi casa la presencia de aquel infame.

EMILIO. ¿De quién?

MAGD. De mi seductor, del padre de mi hijo.

EMILIO. ¿Qué pretendía?

MAGD. Algo muy distinto de lo que yo imaginaba.

EMILIO. ¡Qué dices!

MAGD. Como ignora que eres mi hermano, supone que tú eres mi amante.

EMILIO. ¡Ah!

MAGD. Y alguna relación debe tener con las gentes de esta casa, porque me dijo que se hallaba dispuesto á descubrir á tu esposa lo que él sospecha.

EMILIO. ¡Cómo!

MAGD. Habló de tí de un modo injurioso y brutal; dijo que vendría á desenmascararte, y arrebatándome la carta que hoy me has escrito, salió de casa afirmando que ya tenía la prueba de tu infamia.

EMILIO. ¡Ah!

MAGD. Yo le hubiera dicho que tú eres mi hermano; pero, habiéndote jurado no revelarlo, no me atreví á hacerlo sin consultarte previamente.

EMILIO. Y ¿quién es ese infame? ¡Quiero ahogarle con mis manos!

MAGD ¡Por Dios, Emilio!

EMILIO. Siempre lo has ocultado; pero ahora lo tendrás que decir.

MAGD. Yo vengo á prevenirte un peligro y no á ocasionarte otro.

EMILIO. Considera que ese miserable nos ha robado tu honor y que ahora viene á robarme mi felicidad.

MAGD. Pues aún pudiera robarme algo más.

EMILIO. ¿Qué?

MAGD. Tu vida; tu vida que reclamamos mi hijo y yo.

EMILIO. Su nombre, Magdalena.

MAGD. Imposible.

EMILIO. ¡Su nombre, su nombre!

MAGD. ¡Nunca, nunca!

EMILIO. Pues bien; yo lo sabré. Ha llegado el momento de responder á las violencias de la infamia, con las violencias de la virtud. ¡Ah! sí; la honradéz tiene su ira como el código su verdugo.

MAGD. ¡Emilio!

EMILIO. Ya ves; hasta el rayo habla diciendo que Dios tiene su cólera. ¿No he de tenerla yo, pobre gusano, á quien roban el fruto de su honradéz y el elemento de su amor?

MAGD. Yo hablaré con tu esposa.

EMILIO. Silencio. Toma esta llave; sal por esa puerta que conduce al jardín.

MAGD. ¡Por Dios, hermano mío!

EMILIO. Tú no puedes permanecer en esta casa; no me repliques, obedece. (Magdalena hace mutis por una puerta lateral.) Ha llegado el momento de las explicaciones francas y de las soluciones enérgicas. (Acercándose á la segunda puerta de la izquierda.) Allí está mi esposa. ¡Pilar! (Más alto.) ¡Pilar!... (Más fuerte.) ¡Pilar!

ESCENA XVIII

EMILIO y PILAR

EMILIO. Tiemblo al hablarla, pero ya necesito saber lo que piensa de mí. (Aparece Pilar.)

PILAR. ¿Qué deseas? (Con frialdad.)

EMILIO. Ven; quiero hablarte... ¿Estás enojada?

PILAR. No. (Con desdén.)

EMILIO. No tenemos un momento de reposo. ¿No es verdad que estaremos juntos toda la noche?

PILAR. ¡Imposible! Voy á salir con mi tía y la Baronesa.

EMILIO. ¡Ah! (Pausa.) Oye, Pilar; yo te amo; de suerte, que no

pretendo contrariar tus gustos. ¿Sabes de algún labrador que arroje piedras á las flores de su huerto? ¿Pues cómo voy yo á deshojar tus alegrías?

PILAR. (¡Qué bien finge; parece que está diciendo la verdad!)

EMILIO. Pero el día de hoy ha sido funesto para mí y reclamo el consuelo de tu cariño. Hace mucho tiempo que tengo dudas, recelos, temores; pero como el amor verdadero es respetuoso y tímido, nunca me atreví á que resonaran entre mis palabras de amor los ecos de mis quejas... al fin me he convencido de que en el matrimonio debe ser más grande la confianza mútua que el respeto mútuo; y por eso, por eso, Pilar, me decido á hablarte esta noche.

PILAR. ¿Intentas sujetarme con halagos? Ya sé el valor que debo dar á lo que dices.

EMILIO. ¡Dudas de mí! ¿Qué es esto? ¡Nunca te he dado motivos de queja! ¿Por qué te muestras quejosa?

PILAR. Rehuyo las explicaciones que no me agradan. (**Pilar sube hacia el foro dispuesta á salir, pero Emilio se lo impide, interponiéndose entre ella y la puerta.**)

EMILIO. No, no. Exijo que hables. Entendámonos; sepa ya lo que piensas de mí.

PILAR. No es necesario que te esfuerces tanto en asegurar la... *posesión de cosas* que yo no te disputo. ¿No eres dueño de todo? ¿Qué más deseas? ¿Pretendes dominarme á mí también?

EMILIO. ¡*Dueño de todo*! ¿Qué significa esto?

PILAR. Ya sé que eres generoso, puesto que compartes mi fortuna con Magdalena.

EMILIO. Esa mujer no es mi amante...

PILAR. ¿Pues quién es?

EMILIO. Mi hermana.

PILAR. ¿Y por qué lo ocultas?

EMILIO. Porque esa infelíz que ha deshonrado mi nombre, es indigna de llevarlo.

PILAR. Pues bien; es necesario que todo el mundo lo sepa.

EMILIO. Eso es imposible.

PILAR. Yo exijo que lo digas.

EMILIO. Y yo exijo que lo calles.

PILAR. En esta casa yo sólo tengo derecho á exigir.

EMILIO. ¿Por qué?

PILAR. Porque yo no te debo nada, y tú á mí me lo debes todo.

EMILIO. Alma pobre y ruín; con esas palabras acabas de romper el lazo que nos une. Me echas en cara tu fortuna y yo muero en ansias de decirte que la desprecio tanto como á tí.

PILAR. ¡Emilio!

EMILIO. No te espanta que yo sea infiel, sino que digan que lo soy, porque en tí es más grande el amor propio que el amor verdadero; temes que murmuren que yo no acato la superioridad que ejerces sobre todos aquellos que te rodean; y en fin, me exijes que yo revele un hecho vergonzoso, haciendo de mi honor un juguete miserable de tu orgullo y de tus vanidades.

PILAR. Pues bien, más ofende tu honor lo que yo creo y lo que todo el mundo dice, que esa revelación.

EMILIO. ¿Qué dicen y qué crees?

PILAR. Que tu conducta es artera y vil, que no me has amado nunca, que me has tomado como medio de explotación para mantener amores indignos; que has venido al lecho nupcial con premeditación y alevosía; que me rebajas á la ínfima condición de instrumento y que procuras asegurar una fortuna independiente á costa de la mía para abandonarme después.

EMILIO. (Arrojándose sobre ella.) ¡Ah, miserable!

PILAR. ¡Por Dios! (Retrocediendo.)

EMILIO. No, no temas; el golpe rudo no, ni me vindica ni me venga. Algo más horrible...

PILAR. ¿Qué dices?

EMILIO. ¡Gracias á Dios que te has vertido, vaso de calumnias y de infamias!

PILAR. ¡Emilio!

EMILIO. Otra mujer sencilla y amante, me hubiera expuesto

con nobleza sus quejas, sus temores, sus dudas; pero tú, la heredera, la poderosa, la niña mimada, sientes las heridas del amor propio antes que las del amor, y llegas primero á la reconvención que á la explicación.

PILAR. Escucha.

EMILIO. Te dieron un palacio, riquezas, criados, amigos y parientes que te adulan, y al fin te dijeron: Toma á Emilio, sólo eso falta, es un juguete más, se llama esposo, rómpelo si quieres; no llores.

PILAR. ¿Qué quieres decir?

EMILIO. Y por eso ahora te revuelves contra mí, no con la tristeza de la esposa ofendida, sino con la ira del dueño defraudado.

PILAR. ¡Emilio!

EMILIO. Basta, basta; tú vivías sobre el pedestal de tu dote; pues bien, yo te arrojaré encima tu pedestal, y cuando estés cubierta de oro, se erguirá la ola de mi honradéz para arrollarte con la frialdad del desprecio.

PILAR. Escucha...

EMILIO. Yo te daré las pruebas materiales que justifican mi conducta para decirte después: ¡Miserable!

PILAR. ¡Por Dios!

EMILIO. ¡Miserable, miserable, eres indigna de mí! (Emilio arroja á Pilar contra una butaca.)

PILAR. ¡Ah! ¡Rosario!... ¡Emilio! ¡Dios mío!

ESCENA XIX

DICHOS, MANUEL y ROSARIO

MAN. ¡Qué es esto! ¡Maltratas á Pilar! ¡Hija mía!

PILAR. ¡Calla, por Dios!

ROS. ¿Quién es Magdalena; esa mujer que ha tenido usted la imprudencia de traer á esta casa?

EMILIO. ¡Silencio! Respetad á esa mujer, ó no respondo de lo que haga.

Ros. No merece muchos respetos la mujer que harta de las caricias de Arturo, le vende á usted sus favores.

Emilio. ¡Arturo!

Ros. Fué su primer amante.

Pilar. ¿Qué has dicho?

Emilio. ¡Ah, él, es él!... ¡Gracias, Dios mío! en medio de tantos horrores, brilla tu bondad como un relámpago .. ¡Arturo! (Llamándole.) ¡Arturo! ¿Dónde está ese infame?

ESCENA XX

DICHOS y ARTURO

Arturo. ¿Quién me llama?

Emilio. ¡Ah, miserable! ¡Tú has deshonrado á Magdalena, á mi hermana!

Man.
Ros. } ¡Su hermana!

Emilio. Ahora ya puedo decirlo, porque voy á vengarla. Además, eres uno de los gusanos que vienen á roer mi felicidad.

Arturo. ¡Y bien, qué!

Emilio. ¡Que me parece poca toda tu sangre para saciar mi venganza!

Arturo. Acepto el reto.

Emilio. No será sin que antes... (Le amenaza con la mano y don Manuel se interpone.)

Arturo. ¡Te anuncio tu viudéz! (Á Pilar.)

Emilio. ¡Mañana y á muerte!

Arturo. ¡Á muerte! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Despacho de Emilio en casa de Pilar; en primer término de la derecha una chimenea, y en segundo una mesa de escritorio con todos sus adminículos correspondientes. A la izquierda, una caja de hierro para guardar valores. En el lienzo del foro, dos grandes librerías que lo llenan casi por completo. Cuadros, mapas, bustos y todos los detalles que el director de escena juzgue propios del despacho de un hombre rico y estudioso. Una gran ventana á la izquierda, puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA

PILAR y MAGDALENA

PILAR. ¿Cómo se encuentra?

MAGD. De la herida, bien.

PILAR. ¿Saldrá de casa?

MAGD. Lo desea.

PILAR. Uno de los padrinos de Emilio me ha referido todos los detalles del lance. Al oirle, sufrí; pero también quedé envanecida, saboreando con delicia la grandeza de su valor.

MAGD. Yo quiero saber...

PILAR. Cuando Arturo llegó al terreno, mi esposo estaba en él; mi primo encubría el natural temor con sonrisas forzadas y hablando sin cesar atrevido y desdeñoso; en tanto que mi marido permanecía mudo, impasible, sereno, sin arrogancia ni cobardía, como el hombre que pone friamente su vida á las plantas de sus deberes. Es una actitud más noble y más digna, ¿no es verdad?

MAGD. ¡Quién lo duda!

PILAR. Desde que lo supe creo que le amo más.

MAGD. Yo siempre le he amado lo mismo.

PILAR. Luego, un padrino midió la distancia; á sus extremos quedaron los combatientes, y al segundo disparo simultáneo cayeron ambos heridos.

MAGD. ¿Y Arturo?

PILAR. No hay esperanza de salvarle.

MAGD. En estos dos meses he sufrido más que en toda mi vida.

PILAR. Pero tú has podido verle, y á mí me prohibió que estuviese á su lado. Es bien triste que Emilio me arrojara de su presencia el mismo día en que recobró la razón.

MAGD. No le conviene recordar lo pasado, que es bien triste. Después de que le atormentabas en esta casa con recelos y altiveces, él buscaba mi compañía con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón sediento de consuelo. Y cuando yo le preguntaba la razón que tuviera para ocultarte que es mi hermano, él me respondía: «Esa mujer se ha casado conmigo por despecho; entre nosotros no existe la mútua confianza que pudiera alentarme á referirle un hecho vergonzoso; ha vivido conmigo dos años sin comprenderme, y por lo tanto, sin amarme;» y entonces yo, enjugaba con mi amor y mis caricias el llanto que tú hacías brotar con tus desdenes.

PILAR. Pues bien, quiero hablarle; quiero satisfacerlo todo de una vez.

MAGD. No; lo ha prohibido.

PILAR. Necesito verle; ahora, ahora mismo.

MAGD. Por Dios, Pilar.

PILAR. Mi voluntad es más fuerte que su prohibición.

MAGD. Detente.

PILAR. Yo aquí mando... no, no, no; díle que yo le ruego, que yo le suplico que me permita besar sus manos, acariciar sus cabellos, llorar á sus plantas.

MAGD. Bien, se lo diré.

ESCENA II

PILAR

¡Qué es esto que siento yo, Dios mio! Me casé con Emilio sin amarle, pero en la confianza de que vivía enamorado de mí; después, cuando me hicieron dudar de su cariño, deseaba que me amara, porque los demás no lo dudasen, y ahora que me desdeña, ahora que me desprecia y que no se recata de ello, no sólo me entristece que lo sepan, no sólo me atormenta que lo digan, sino que me espanta que sea verdad. (Pausa.) En cuanto yo le hable, mis palabras desvanecerán todos sus enojos; desde que sé que no le espantan los balazos, tengo la seguridad de que han de vencerle mis lágrimas; y viendo todos que soy rica y amada, ¡cuánta envidia voy á despertar!... Esta casa continuará deslumbrando á Madrid, no sólo con los esplendores de mis fiestas, sino con las venturas del amor.

ESCENA III

MANUEL y PILAR

Manuel se dirige á la caja de hierro; la abre y deposita en ella multitud de billetes de Banco y valores en papel.

PILAR. ¿Qué haces?

MAN. Estoy cumpliendo una comisión de tu esposo.

PILAR. ¿Cuál?

MAN. Emilio me ha ordenado retirar del Banco de España todos los valores que constituyen tu dote.

PILAR. Y esto, ¿qué significa?

MAN. Lo ignoro, hija mía.

ESCENA IV

DICHOS y MAGDALENA

PILAR. ¿Le has hablado?

MAGD. Sí.

PILAR. ¿Y ¿qué te ha dicho?

MAGD. Que hoy salimos de Madrid para no volver...

PILAR. ¿Que me abandona? Jamás, imposible. Yo me opongo á ello.

MAGD. Por la violencia nada conseguirías, aunque le retuvieras á tu lado.

MAN. Cierto; su presencia no es lo mismo que su amor.

PILAR. Y bien... ¿qué hacer? ¿qué hacer?

MAGD. No hay esperanza.

MAN. Tal vez...

PILAR. ¿Cuál?

MAN. Obligar á Emilio con que tenga que agradecernos la rehabilitación de su hermana.

PILAR. ¡Cómo!

MAGD ¡Qué dice usted!

MAN. La madre de Arturo, que ya sabe que su hijo está en peligro de muerte, le ha arrancado la promesa de que repare su falta, dando su mano á Magdalena y reconociendo á su hijo. Yo también he contribuído á esta noble solución; de suerte que cuando Emilio conozca que por medio de esta familia se rehabilita la suya, no tendrá valor para abandonarte. Dígaselo usted, Magdalena.

MAGD. ¡Qué escucho! ¡Podría yo aspirar todavía á presen-

tarme ante el mundo como las mujeres honradas! ¡Podría yo asegurar un nombre para mi hijo y una fortuna! ¡No, no, eso es demasiado hermoso para que sea verdad!

PILAR. No lo dudes, yo también me encargo del porvenir de tu hijo.

MAN. Calma, Pilar, es necesario tener prudencia.

PILAR. ¿Por qué lloras?

MAGD. Porque si Emilio se resuelve á partir, yo habré de seguirle sin aceptar la rehabilitación y la ventura que ustedes me ofrecen.

PILAR. Si nosotros amparamos á tu hijo, tu hermano no tiene ningún derecho á oponerse á ello; debe agradecerlo y resignarse.

MAGD. ¡Dios mio, qué situación tan cruel!

MAN. Pilar, no se trata de exigir deberes ni de aquilatar derechos; sino de algo más grande, de sacrificios y de afectos.

MAGD. Sí, eso es.

MAN. Hasta luégo. Tenga usted confianza y hable usted con Emilio. (Vase.)

PILAR. (¡Qué desdichada soy! Ahora todo el mundo me parece mejor que yo.)

MAGD. ¡Es un ángel! (Por Manuel.)

PILAR. Yo quiero referir á Emilio estas esperanzas.

MAGD. No, Pilar, yo le hablaré antes.

PILAR. Él viene...

MAGD. Luégo nos veremos. (Vase Pilar.)

ESCENA V

MAGDALENA y EMILIO

MAGD. ¿Vas á salir?

EMILIO. Sí.

MAGD. ¿Te encuentras mejor?

EMILIO. Dentro de poco estaré bien.

MAGD. ¿No te molesta que yo te hable?

EMILIO. No, Magdalena; tú eres la única realidad amable que miro.

MAGD. ¿Has pensado bien el paso que vas á dar?

EMILIO. No pienso en otra cosa.

MAGD. Tu esposa te ama.

EMILIO. Porque ve que la desdeño.

MAGD. Reconoce tus virtudes.

EMILIO. Lástima que ella no las tenga.

MAGD. Bien las desea.

EMILIO. Para adornar su sala.

MAGD. Tienes demasiada virtud.

EMILIO. Pues la virtud es el hombre. (Pausa.)

MAGD. Además... don Manuel es tan bueno... Es un ángel.

EMILIO. Más que eso; es un hombre de bien. (Pausa.)

MAGD. (Con mucha timidéz y lentamente.) Si tú supieras... Él y Pilar me han ofrecido amparar á mi hijo... rehabilitarle á los ojos del mundo, asegurar su porvenir... pero, ¿si tú les abandonas, si les dejamos, cómo acepto yo su...?

EMILIO Pues bien, Magdalena; si se trata de comprar tu felicidad á cambio de la mía; si también la riqueza de mi mujer es un obstáculo interpuesto entre nosotros; si ese dinero impide que tú me sigas alegre y satisfecha, estoy dispuesto á someterme y á sacrificarme. Llámales, que vengan. Continúe este matrimonio con honores de venta; yo viviré cohibido bajo el peso de una nueva merced, y ellos contentos con el triunfo de una nueva sumisión.

MAGD. Si nos aman, ¿por qué les rechazas?

EMILIO. No les rechazo; pero rehuyo participar de su opulencia por no tener que agradecérsela. El alma cuando ama es independiente; cuando agradece, no.

MAGD. Piensa que has contraído compromisos ante la sociedad.

EMILIO. Los he contraído ante mi corazón y ellos sólos se han roto. Yo miro á Pilar como el padre contempla el ca-

dáver de su hijo: aquella carne la venera y la ama; pero la abandona porque ya no palpita.

MAGD. ¿Luego te condenas á sufrir?

EMILIO. Llorará mi corazón; pero reirá mi conciencia. (Breve pausa.) Sin embargo, acepta el ofrecimiento de don Manuel; abandóname; no contraríes tu egoísmo de madre. Yo partiré solo.

MAGD. Eso nunca; á costa de abandonarte no acepto nada. ¿Tu resolución es irrevocable?

EMILIO. Irrevocable. Díle á mi esposa que deseo hablarla. (Vase Magdalena.)

ESCENA VI

EMILIO

Mi honor es ya incompatible con su fortuna. Ha sido mi mujer; pero no ha sido mi esposa ni un sólo momento. ¡Ah, Dios mío! Quisiera aborrecerla y no puedo; sin embargo, aunque no la olvide podré abandonarla.

ESCENA VII

EMILIO y PILAR

PILAR. (Muy cariñosa.) Emilio, ¿me llamas?

EMILIO. Sí... Debo darte cuenta de lo que proyecto.

PILAR. ¿Proyectas algo?

EMILIO. Sí: hemos de hablar. (Cierra la puerta del foro.)

PILAR. (¿Qué es esto?)

EMILIO. Voy á hacerte entrega de tu dote.

PILAR. ¿Qué?

EMILIO. He de emprender un largo viaje é ignoro si podré regresar. (Abre la caja de hierro situada en el foro.)

PILAR. Emilio, ¿pero qué me anuncias? ¡Esto es una separación!

EMILIO. Tú lo has dicho.

PILAR. Y ¿qué motivos, qué causas pueden moverte á una medida tan extrema, tan inesperada?

EMILIO. Inesperada, no.

PILAR. (Pero, es esto verdad!

EMILIO. Voy á hacerte entrega de tu dote. (Sube hacia la caja; Pilar le detiene.)

PILAR. Ah, no, no; escucha. Yo confieso que te he ofendido injustamente: pero hoy me hallo convencida de tu providad, de la grandeza de tu alma, y te pido perdón por mis dudas, perdón por mis ofensas. ¿Lo oyes? te pido perdón *yo*.

EMILIO. Haces bien, y te perdono; pero te dejo.

PILAR. Emilio, esto no puede ser; tu obstinación, ni está justificada ni es lógica. ¿Qué había en nuestro matrimonio? ¿Las nubes de algunas dudas? Pues bien; esas nubes han desaparecido. Yo te devuelvo mi confianza.

EMILIO. ¡Ah, señora, tanto honor! *usted me devuelve su confianza,* como el hombre adinerado, una vez restablecida la probidad de su cajero, le devuelve las llaves de su caja... Gracias, gracias. (Con ironía.)

PILAR. ¡Emilio!

EMILIO. Tú no me ofreces de nuevo más que tu confianza; por lo demás me ofreces el pasado, y el pasado es horrible. Aun cuando tú me digas que me amas, falta ahora saber si eres digna de mí.

PILAR. Háblame así, así siempre, cuanto más te enojas y me humillas, más grande me pareces y tus palabras penetran mejor en lo íntimo de mi sér.

EMILIO. Ya comprendo; como todo el mundo te adula, esta energía de mi palabra llega á tí como una novedad encantadora, que te excita, pero que no te conmueve.

PILAR. No, no es eso; hay palabras que una mujer sólo sufre en labios del hombre á quien ama. Esa es la prueba; yo te amo, no te vayas; no quiero que te vayas.

EMILIO. Estás acostumbrada á vencer con oro todos los obstáculos, y el que ahora mi dignidad te presenta quieres

vencerlo por obstinación y por empeño, pero no por amor; sientes la ira del jefe á quien se le subleva el súbdito.

PILAR. ¡Emilio, por Dios!

EMILIO. Hace dos meses que me has dicho lo que pensabas de mí, ya ha llegado la hora en que yo diga lo que pienso de tí.

PILAR. Pues bien; te equivocas como yo me he equivocado. Tú te presentaste con humilde inferioridad á mis ojos y yo te acepté como te ofrecías; pero aquella noche ví levantarse rujidora y valiente la ira de tu honradéz, y aunque amenazaba arrollarme, ni temblé ni temí, porque la grandeza del espectáculo hizo que me olvidara del peligro. Luégo, á la cabecera de tu lecho, he seguido con ansia las convulsiones de tu fiebre; el fuego de tu delirio ha sido la luz que ha iluminado tu espíritu y he mirado todas sus grandezas. Ahora te comprendo y te admiro, porque no he visto nunca un espectáculo tan hermoso como la honesta desnudéz de un alma honrada. ¡Por Dios, no me dejes, no me abandones, no permitas que á raíz de la aurora venga la noche!

EMILIO. Considera, Pilar, que sobre ti convergen dos influencias: las de tus amigos y la mía, incompatibles siempre; dos poderes, el de tu oro y el de mi amor, contrarios en absoluto.

PILAR. Pues bien, dispón, ordena; tú mandas en mi corazón y por lo tanto eres dueño de todo.

EMILIO. ¿De tí también?

PILAR. También.

EMILIO. ¿Estás dispuesta á llegar á los límites del sacrificio?

PILAR. Estoy dispuesta.

EMILIO. ¿Quieres que nos amemos?

PILAR. Sí.

EMILIO. ¿Que siempre vivamos juntos?

PILAR. Sí.

EMILIO. ¿Con un alma en dos cuerpos?

PILAR. Sí.

EMILIO. Muéstrese entonces la grandeza de tu corazón. Allí está tu caja, tu dote, origen de todos mis conflictos; allí está la chimenea, arroja tu dote al fuego.

PILAR. ¡¡Jesús!! (*Larga pausa.*) ¡Por Dios, Emilio, reflexiona lo que dices! ¡Eso es una locura, pero una gran locura!

EMILIO. Acaso será verdad. Estoy loco y me retiro. (*Medio mutis.*)

PILAR. No, ven, escucha. Piensa que tú eres dueño de todo.

EMILIO. ¿De suerte que ya puedo mandar en mi casa?

PILAR. ¡Quién lo duda!

EMILIO. Pues por eso mando; obedece.

PILAR. ¡Pero esto es injusto!

EMILIO. No, Pilar; tú te convenciste de mi virtud por la fuerza material de los hechos, como el juez ante el reo; no por la noble confianza en mí propio; pues bien; á mí me sucede lo mismo: necesito hechos, hechos y no vanas palabras.

PILAR. ¿Acaso en la miseria nos querremos más?

EMILIO. En la miseria, no; con modestia, sí. Yo acepto tu amor; pero rechazo tu hospedaje.

PILAR. ¿Qué daño te ha hecho mi fortuna?

EMILIO. ¿Y tú me lo preguntas, cuando tú misma me la has echado en cara? Ese dinero es mi enemigo; le odio, le detesto hace dos años; es una gigantesca araña de oro que anida en esa caja y que todos los días sale para tejer á mi alrededor los filamentos que me oprimen y que me maniatan. Mis conflictos, mi desesperación, las injurias con que me deshonran, todo ha salido de ahí. Esa es la fuente de amarguras y quiero secarla como venganza de lo pasado y seguridad para lo porvenir. En una palabra; yo tuve el valor de aceptarte rica porque te amaba; ahora quiero ver si tienes el valor de entregarte pobre porque me ames.

PILAR. Tú me colocas en un trance difícil; en una situación imposible. Esto no es lógico. Esto no es humano. Esto no es natural.

EMILIO. Tú no me amas, Pilar.

PILAR. No es cierto: yo te amo.

EMILIO. Eres indigna de mí.

PILAR. ¡No, por Dios, yo soy digna de tí!

EMILIO. Pues bien; demuéstralo. Yo también tengo mis dudas, también creo que amas á ese dinero más que á mí. Yo represento el cariño, la ternura, todos esos consuelos del alma que templan los dolcres y que dilatan las alegrías, y ese dinero representa tus joyas, tus fiestas, tu esplendor, tu lujo, todas esas nubes de vanidades y orgullo, sobre las cuales resplandeces triunfante; y yo creo no sólo que las prefieres á mi amor, sino que mi amor es un instrumento de ellas: un brillante engarzado á la corona de tu soberbia.

PILAR. Escucha. ¿Y si tuviéramos hijos?

EMILIO. Si tuviéramos hijos, heredarían mi honor dudoso y tu fortuna cierta; pues bien, prefiero lo contrario. El ejemplo de la virtud es la mejor herencia; mis padres no me legaron otra, y no por eso les amo menos.

PILAR. Aplacemos esta discusión; tus manos abrasan, estás convaleciente y vuelves á delirar.

EMILIO. No, no deliro. El dilema es este: ó tu dote ó yo. Elige. Ya ves que no divago. (Breve pausa. Pilar da algunos pasos hacia la caja, y volviendo junto á su esposo lentamente, le dice.)

PILAR. Emilio. Piensa que yo haré lo que tú quieras; tu voluntad regirá mis actos.

EMILIO. Elige.

PILAR. ¡Emilio!

EMILIO. ¿Es que yo valgo menos que eso? (Señalando la caja.)

PILAR. ¡Ah (Con repugnancia.)

EMILIO. Entonces, es que tu amor vale menos que *eso*.

PILAR. ¡No! (Con orgullo.)

EMILIO. Ea, resuelve.

PILAR. ¡Dios mío, esto es atróz!

EMILIO. ¡Atróz para un alma pobre! ¡Basta ya; te desprecio! Tú me dijiste que eras dueña de todo en esta casa.

¡Ah, desdichada y cómo te engañaste! El amor, la virtud, la nobleza del alma, la generosidad sublime, todo eso es mío y conmigo viene. Tú has nacido para heredar, yo he nacido para sentir; tú tienes deseos; yo tengo pasiones; tú me codicias y yo te desprecio; ¡adiós para siempre! (Mutis.)

ESCENA VIII

PILAR

¡Emilio, Emilio, sí, tiene razón; soy una miserable! ¡Emilio, Emilio! No hay una voz humana capáz de contenerle... ¡Ah, sí, la voz del dinero! (Pilar coge con ambas manos un enorme paquete de valores que constituyen su herencia y los arroja por la ventana.) ¡Emilio, toma; si mi fortuna me devuelve tu amor, el sacrificio me parece pequeño! Me ha mírado; vacila. ¡Ah, ya es mío!

ESCENA IX

DICHOS y EMILIO

EMILIO. ¡Pilar!

PILAR. ¡Emilio!

EMILIO. Hoy se celebran nuestras bodas; no tu fortuna, tu alma cayó sobre mi frente en una lluvia de oro.

PILAR. ¿Me amas?

EMILIO. Ahora sí, porque ya puedo amarte, ¡vida mía! (Se abrazan. (Telón muy rápido.)

FIN

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1¦2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1¦2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1¦2 L
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyugales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1¦2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.